

12 años

COLECCIÓN
Caminos del SUR

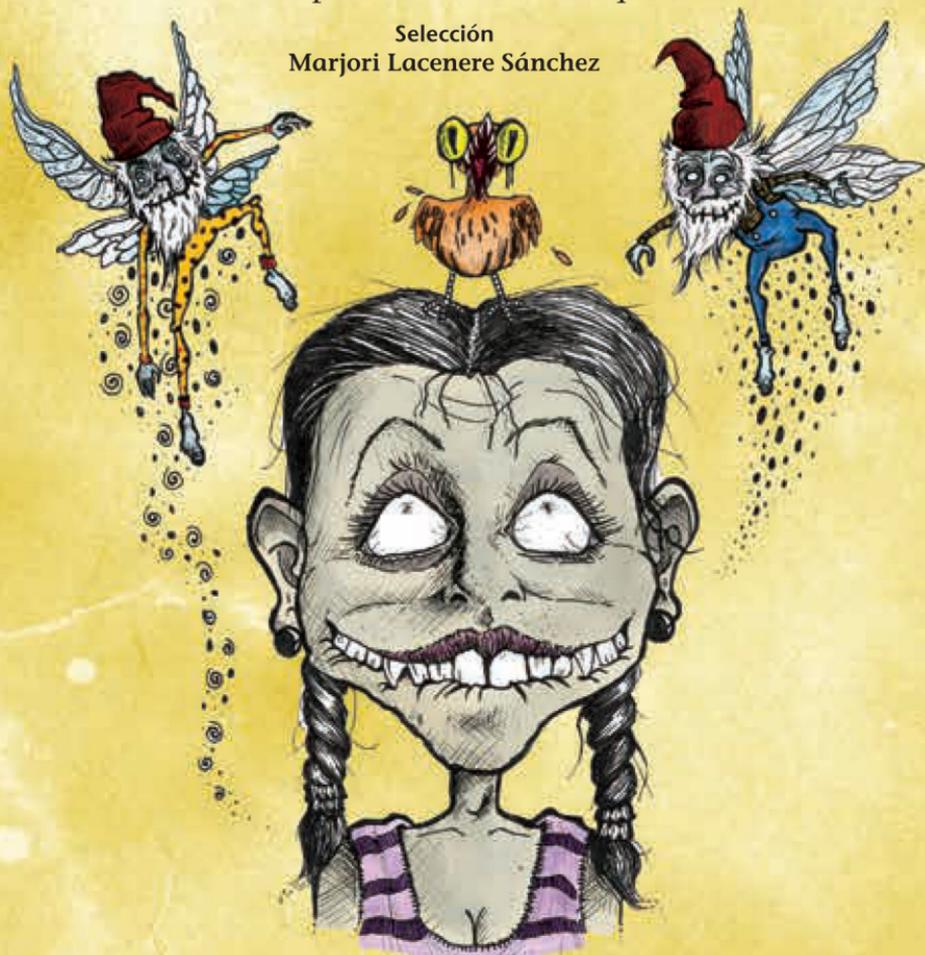
serie
El gallo pelón

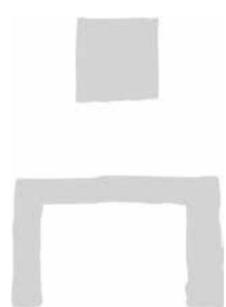
José Antonio Ramos Sucre

Cantos de vacías tinieblas

Ilustrado por Daniel David Duque Gil

Selección
Marjori Lacenere Sánchez





© José Antonio Ramos Sucre
© Fundación Editorial **El perro** y la **rana** , 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio.
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 - 7688399

Correos electrónicos:
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.co

Páginas web:
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Diseño de colección:
Mónica Piscitelli

Ilustraciones:
© Daniel David Duque Gil

Edición:
Marjori Lacenere

Diagramación:
Mónica Piscitelli

Corrección:
José Jenaro Rueda

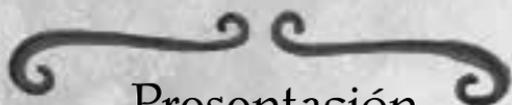
Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2018001134
ISBN: 978-980-14-3786-4

José Antonio Ramos Sucre

**Cantos de vacías
tinieblas**

Selección
Marjori Lacenere Sánchez

Ilustrado por Daniel David Duque Gil



Presentación

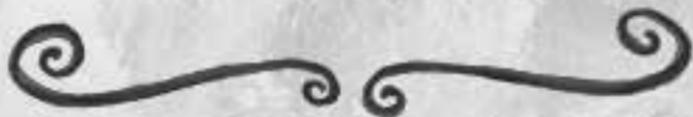
Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.





El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.



Nota editorial

La presente edición es una selección para jóvenes. Contiene catorce poemas del libro *La torre de timón*, publicado en 1923, cuya naturaleza corresponde con paisajes brumosos; es un viaje solitario hacia las profundidades del alma. Asimismo, se le han incluido varias ilustraciones que han recreado maravillosamente cada uno de los poemas, dándole así un ritmo armonioso de imágenes que se cohesionan con los textos.

Primero conozcamos a José Antonio Ramos Sucre

Nuestro poeta nació en Cumaná el 9 de junio de 1890. Su padre fue Jerónimo Ramos Martínez y su madre Rita Sucre Mora, sobrina del Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre. Fue un hombre brillante, muy preparado, dedicado a la educación académica y también fue autodidacta. Sus padres se esforzaron en su formación académica desde pequeño y su tío, historiador y letrado, presbítero José Antonio Ramos Martínez, fue una gran influencia para él y contribuyó con una estricta disciplina de estudios que nunca tuvo fin. José Antonio se graduó como Bachiller en Filosofía en Cumaná y luego estudió Derecho y Filosofía en la Universidad Central de Venezuela, también aprendió idiomas como latín, griego antiguo y moderno, francés, inglés, italiano, portugués, alemán, danés, sueco y sánscrito. Cuando el gobierno del general Juan Vicente Gómez cerró la Universidad Central de Venezuela, él continuó estudiando por su cuenta. Posteriormente se graduó de doctor en Leyes, pero ejerció como profesor de Historia, Geografía, Griego y Latín en liceos de educación media. Luego trabajó como intérprete y traductor en la Cancillería.

En 1911 comenzó a publicar sus poemas en prosa, en casi todas las revistas y periódicos nacionales. Su estilo fue

único porque rompió con los patrones de la poesía tradicional, usó un lenguaje rebuscado y una nueva estructura poética. Sus temas oscuros, fatalistas y depresivos formaban parte de su vida solitaria e introspectiva. Muy pronto, el insomnio comenzó a perturbarle cada vez más sus nervios y sufrió de fuertes fatigas mentales que lo hacían padecer. Y en 1930, ya muy atormentado por su estado, se suicidó en Ginebra (Suiza), donde realizaba un viaje diplomático. Varios años después de su muerte se comenzó a valorar su obra literaria. Actualmente su fama internacional ha calado en varios países lejanos y en su ciudad natal se conserva la casa familiar de los Ramos Sucre como monumento histórico.

Preludio

Yo quisiera estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras.

Entonces me habrán abandonado los recuerdos: ahora huyen y vuelven con el ritmo de infatigables olas y son lobos aullantes en la noche que cubre el desierto de nieve.

El movimiento, signo molesto de la realidad, respeta mi fantástico asilo; mas yo lo habré escalado de brazo con la muerte. Ella es una blanca Beatriz, y, de pies sobre el creciente de la luna, visitará la mar de mis dolores. Bajo su hechizo reposaré eternamente y no lamentaré más la ofendida belleza ni el imposible amor.





El fugitivo

Huía ansiosamente, con pies doloridos, por el descampado. La nevisca mojaba el suelo negro.

Esperaba salvarme en el bosque de los abedules, incurvados por la borrasca.

Pude esconderme en el antro causado por el desarraigo de un árbol. Compuse las raíces manifiestas para defenderme del oso pardo, y despedí los murciélagos a gritos y palmadas.

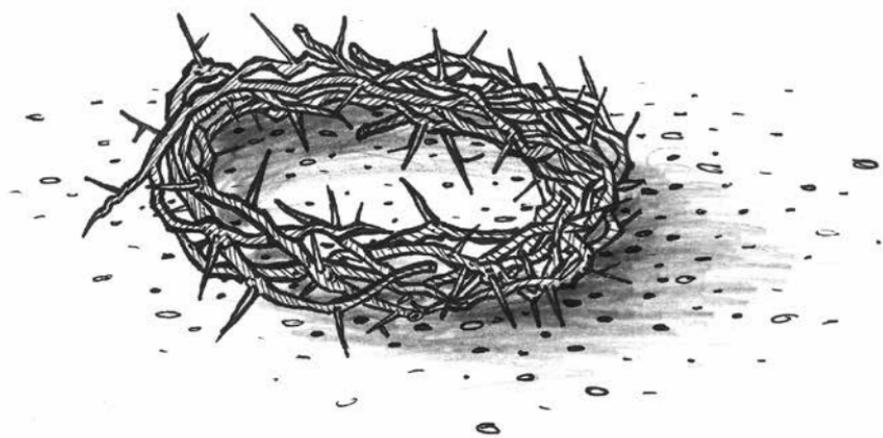
Estaba atolondrado por el golpe recibido en la cabeza. Padecía alucinaciones y pesadillas en el escondite. Entendí escaparlas corriendo más lejos.

Atravesé el lodazal cubierto de juncos largos, amplectivos, y salí a un segundo desierto. Me abstenía de encender fogata por miedo de ser alcanzado.

Me acostaba a la intemperie, entumecido por el frío. Entreveía los mandaderos de mis verdugos metódicos. Me seguían a caballo, socorridos de perros negros, de ojos de fuego y ladrido feroz. Los jinetes ostentaban, de penacho, el hopo de una ardita.

Divisé, al pisar la frontera, la lumbre del asilo, y corrí a agazaparme a los pies de mi dios.

Su imagen sedente escucha con los ojos bajos y sonrío con dulzura.



Lied

Los espinos llenan, desde el pórtico en ruinas, la hon-
donada.

Tejen sus ramas siniestramente, figurando coronas de
martirio.

La dama de la corza blanca se entrega a cantar, al sen-
tir en torno la magia lunar.

El eco burlesco augura la muerte desde el matorral.

Nadie podría decir el susto de la corza blanca.

Hasta ese momento no se había cantado en la man-
sión desierta.



La alucinada

La selva había crecido sobre las ruinas de una ciudad in-nominada. Por entre la maleza asomaba, a cada paso, el vestigio de una civilización asombrosa.

Labradores y pescadores vivían de la tierra aguanosa, aprovechando los aparejos primitivos de su oficio.

Más de una sociedad adelantada había sucumbido, de modo imprevisto, en el paraje malsano.

Conocí, por una virgen demente, el suceso más extraño. Lloraba a ratos, cuando los intervalos de razón suprimían su locura serena.

Se decía hija de los antiguos señores del lugar. Habían despedido de su mansión fastuosa una vieja barbuda, repugnante.

Aquella repulsa motivó sucesivas calamidades, venganza de la harpía. Circunvino a la hija unigénita, casi infantil, y la persuadió a lanzar, con sus manos puras, yerbas cenicientas en el mar canoro.

Desde entonces juegan en silencio sus olas descolmadas. La prosperidad de la comarca desapareció en medio de un fragor. Arbustos y herbajos nacen de los pantanos y cubren los escombros.

Pero la virgen mira, durante su delirio, una floresta mágica, envuelta en una luz azul y temblorosa, originada de una apertura del cielo. Oye el gorjeo insistente de un pájaro invisible, y celebra las piruetas de los duendes alados.

La infeliz sonrío en medio de su desgracia, y se aleja de mí, diciendo entre dientes una canción desvariada.



De capa y espada

Mucho se ha encarecido el encierro en que guardan a la mujer española los varones de su sangre. Se ha visto en la custodia escrupulosa el trasunto de la opresión musulmana en el harén del invasor morisco. Se ha dicho que un adventicio espíritu de recelo y de severidad doméstica construyó la cerrada casa del español a imitación de la de su huésped secular.

Pero el uno y el otro fueron independientes y originales al levantar sobre el suelo mismo de la lid moradas inaccesibles. A tanto forzaba en toda Europa la necesidad de aquellos tiempos de asalto. Fuera de que el español seguía tradiciones más antiguas, relativamente indígenas, al remedar en su vivienda la seguridad y el imperio de los baluartes.

Tampoco aportó el sarraceno la moral obstinada y bronca que estrecha a la familia española dentro del hogar inexpugnable. En frecuentes pasajes se le anticipa el Fuero Juzgo. La excesiva protección a la mujer obedece tal vez a la virtud primitiva y fundamental del orgullo español, que tiene por variantes la devoción a la pureza del nombre, el culto de la probidad y la pasión por la justicia.

Gracias a ese mismo germen innato y multiforme del orgullo, el carácter del español se ostenta sensiblemente igual, entero y magnífico a través de toda la historia. Su más lejano antepasado fue capaz del susceptible pundonor, de la fe exaltada, del amor vehemente, de los celos iracundos que intrincan, si no mancillan de sangre, el enredo de la comedia calderoniana.



La cuita

La adolescente viste de seda blanca. Reproduce el atavío y la suavidad del alba. Observa, al caminar, la reminiscencia de una armonía intuitiva. Se expresa con voz jovial, timbrada para el canto en una fiesta de la primavera.

Yo escucho las violas y las flautas de los juglares en la sala antigua. Los sones de la música vuelan a zozobrar en la noche encantada, sobre el golfo argentado.

El aventurero de la cota roja y de las trusas pardas arma asechanzas y redes contra la doncella, acerbando mis dolores de proscrito.

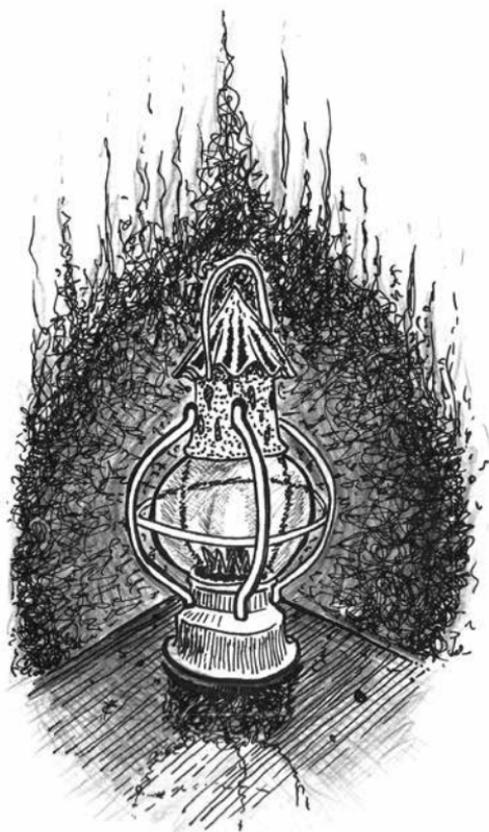
La niña asiente a una señal maligna del seductor. Personas de rostro desconocido invaden la sala y estorban mi interés. Los juglares celebran, con una música vehementemente, la fuga de los enamorados.

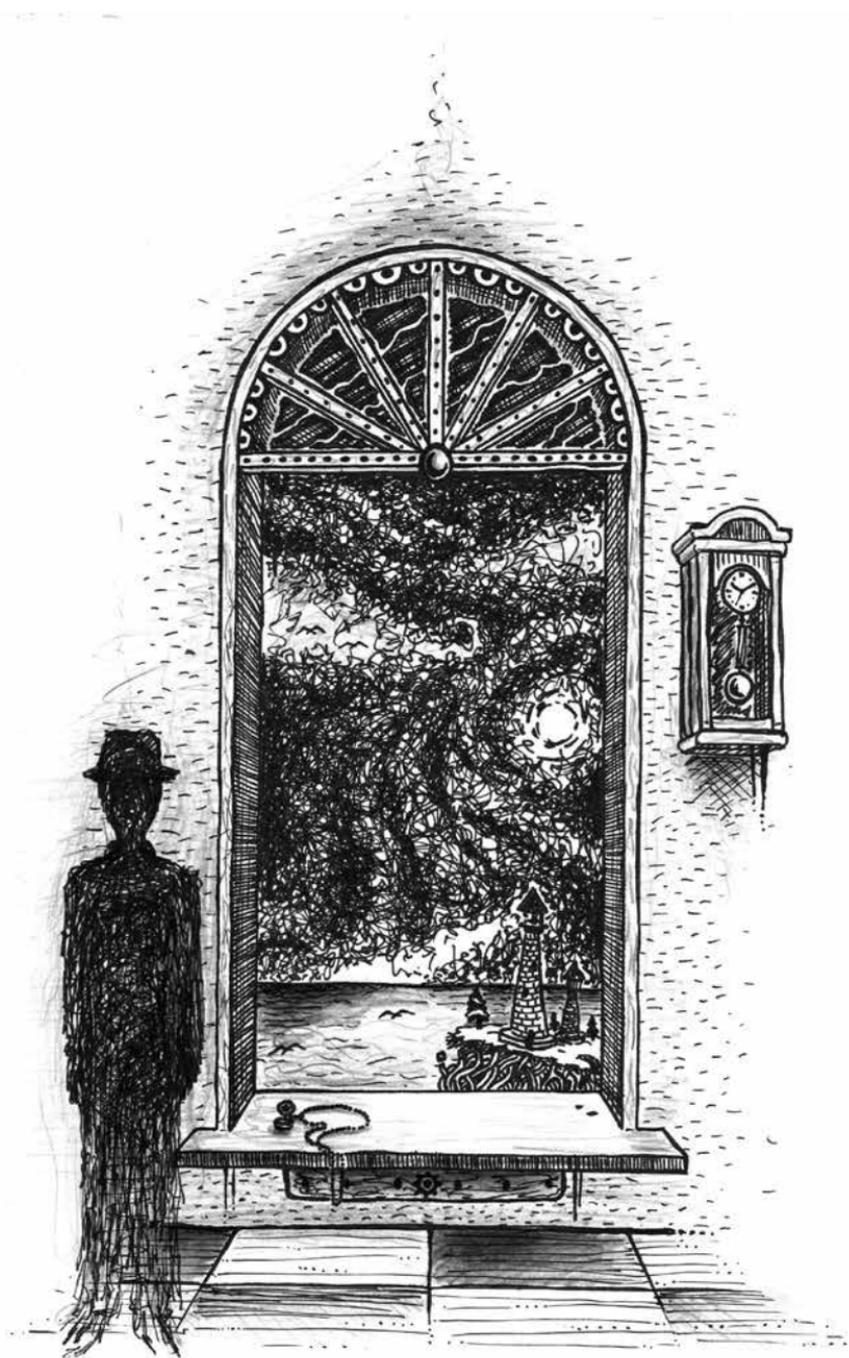
Duelo de arrabal

En la pobre vivienda de suelo desnudo, alumbrada con una lámpara mezquina, las mujeres se congregaron a llorar. Fuertes o extenuados alternativamente, no cesaban los trémulos sollozos, palabras ahogadas y confusas escapaban de los pechos sacudidos, gestos de dolor suplicaban a los cielos mudos. En torno de un pequeño ataúd crecía el clamor y llegaba al delirio; contenía el cuerpo de un niño arrebatado por la muerte a la vida de arrabal. Hacia un rincón estaban reunidos en haz los juguetes recién abandonados, junto a los pobres útiles de industrias femeninas, y, en irónica ofrenda a los pies del Crucifijo, las drogas sobre la mesa descubierta. Nobles sacrificios fracasaron en resguardo de su vida: el consumo del ahorro miserable, los días de zozobra, las noches de vigilia. Aquel día, cuando la oscuridad prosperaba hasta en el ocaso tinto de sangrante sol, vino la muerte al amparo de las sombras leves y benignas, con fría palidez sellando su victoria.

Vino a aquella mansión, como a otras muchas; un mal tremendo, como aquel que de orden divina diezma los primogénitos de Egipto, apenas dejó casa pobre sin luto. Por su influjo tuvieron de cuna el seno de la tierra innumerables niños, despedidos por coros gemebundos, lamentados con llanto breve y clamoroso, el llanto de quienes en la vida sin paz tienen peor enemigo que la muerte.

Siguiendo el general destino de los tristes que, con la urgente pobreza, desconocen el deleite del recuerdo lloroso, los dolientes de la pobre vivienda, alumbrada con una lámpara mezquina, también se lamentaron con desesperanza pasajera. Las voces roncadas gimieron hasta la partida del pequeño cadáver; pero el olvido, ante el esperado afán del día siguiente, hizo invasión con el sosiego de la primera noche augusta y encendida.





El episodio del nostálgico

Siento, asomado a la ventana, la imagen asidua de la patria.

La nieve esmalta la ciudad extranjera.

La luna prende un fanal en el tope de cada torre.

Las aves procelarias descansan del océano, vestidas de edredón.

Protejo, desde ayer, a la huérfana del caballero taciturno, de origen ignorado.

Refiere sobresaltos y peligros, fugas improvisas sobre caballos asustados y en barcos náufragos. Añade observaciones singulares, indicio de una inteligencia acelerada por la calamidad.

Duda si era su padre el caballero difunto.

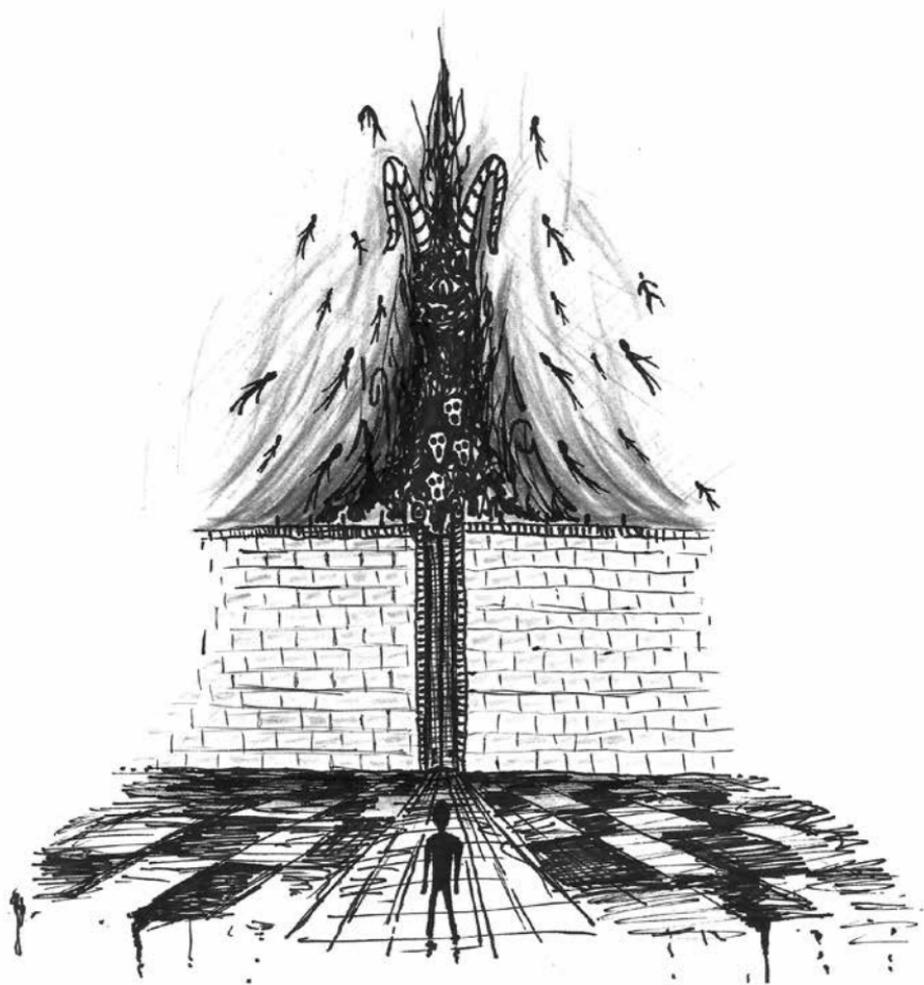
Nunca lo vio sonreír.

Sacaba, a veces, un medallón vacío.

Miraba ansiosamente el reloj de hechura antigua, de campanada puntual.

Nadie consigue entender el mecanismo.

He espantado, de su seno, las mariposas negras del presagio.



El retorno

Para entrar en el reino de la muerte avancé por el pórtico de bronce que interrumpía las murallas siniestras. Sobre ellas descansaba perpetuamente la sombra como un monstruo vigilante. Extendíase dentro del recinto un espacio temeroso y oscuro, e imperaba un frío glacial que venía de muy lejos. Era el suelo bajo mis pies como una torpe alfombra, y sobre él avanzaba lentamente suspendido por alas invisibles. El pasmo de la eternidad se revelaba en augusto silencio, comparable a la calma que rodea el concierto de los astros distantes. Con él crecía el misterio en aquella región indefinida, donde ningún contorno rompía la opaca vaguedad. El espectáculo igual de la sombra invariable perpetuaba en mí el estupor del sueño de la muerte.

Había invadido voluntariamente el mundo que comienza en el sepulcro, para abogar en su seno, como en un mar de olvido, mi lastimado espíritu. Allí detenía el tiempo su reloj y sucumbía la forma en el color funeral. Surgía de oculto abismo la oscuridad, con el sigilo de una marea tarda y sin rumor, y me arrastraba y tenía a su merced como una voluptuosa deidad. Cautivo de su hechizo letal, erré gran espacio a la ventura, obstinado en la peregrinación extraña y lúgubre. Pero al sentir tras de mí el clamor de la vida, como el de una novia abandonada y amante, volví sobre mis pasos.



Ocaso

Mi alma se deleita contemplando el cielo a trechos azul o nublado, al arrullo de un valse delicioso. Imita la quietud del ave que se apresta a descansar durante la noche que avicina. Bendice el avance de la sombra, como el de una virgen tímida a la cita, al recogerse el día y su cohorte de importunos rumores. Crecen silenciosamente sus negros velos, tornándose cada vez más densos, hasta dar por el tinte uniforme y el suave desliz la ilusión de un mar de aguas sedantes y maléficas.

Envuelto en la obscuridad providente, imagino el solaz de yacer olvidado en el seno de un abismo incalculable, emulando la fortuna de aquellos personajes que el desvariado ingenio asiático describe, felizmente cautivos por la fascinación de alguna divinidad marina en el laberinto de fantásticas grutas.

Expiran los sonos del valse delicioso cuando el sol difunde sus postreras luces sobre el remanso de la tarde. A favor del ambiente ya callado y oscuro disfrutan mis sentidos su merecida tregua de lebreles alertos. Y a detener sobre mi frente el perezoso giro de su vuelo, surge del seno de la sombra el vampiro de la melancolía.



La venganza del Dios

El desafuero de los habitantes afeaba la fama de aquella tierra amena, vestida de flores, rota por manantiales ariscos, amada por la nube de gasa y el sol paternal. Tenía el nombre de una piedra rara y al mar de tributario en perlas.

El Dios velaba el crimen de los hombres en el inmerecido país, y quiso el nacimiento de un mensajero de salud y concordia, lejos de ellos, en la más umbría selva. Nace una noche del seno de una flor, a la luz de un relámpago que pinta en su frente luminoso estigma. Crece al cuidado de las aves y los árboles y al apego de las fieras.

Aquellos hombres reciben la misión de virtud con atrevimientos y excesos y pagan al enviado con trance de muerte ignominiosa. El Dios los castiga engrandeciendo la riqueza de la tierra que mancillan. La nutre de tesoros fatales que son desvelo de la codicia, que dividen al pueblo en airados bandos de ricos y de pobres. Los nuevos dones infestan de odios vengativos y pueblan con huesos expiatorios.



El canto anhelante

El castillo surge a la orilla del mar. Domina un ancho espacio, a la manera del león posado frente al desierto ambiguo. Al pie de la muralla tiembla el barco del pirata con el ritmo de la ola.

El vuelo brusco y momentáneo de la brisa recuerda el de las aves soñolientas. Sube la luna, pálida y solemne, como la víctima al suplicio.

Con la alta hora y el paisaje límpido despierta la nostalgia del cautivo y se lastima el soldado. Mueve a lágrimas alguna extraña y ondulante música. La contraría con rudos acentos, con amargura de irritados trenos, un cántico ansioso que tiene el ímpetu recto de la flecha disparada contra un águila.



Romanza

Cuando ya declina mi doliente juventud, y nace la nostalgia de sus días primeros, regresa el mismo amor que convidó sus matinales ímpetus.

Vuelves a mí en un rellano de la vida, en un recodo de la tupida selva, cuando ya tu belleza vacilante es un espejo de apagada luna.

Guardas el porte airoso y la diadema triunfal de los cabellos, reliquia de alegres dones y de rubias galas; ¿por qué no tiene la tez de las hermosas la tersura del lago, que escapa al raudo tiempo?

Aquellos días de suaves horas y de azules sueños son aves fugitivas cuyo gorjeo contrista al nauta errante. Un vuelco de la suerte ha mudado en tristeza el retozo de la cálida mañana: ya la noche dirige hacia nosotros las ruedas silenciosas de su ebúrneo carro, y el sol occidental, a ras del mar, figura la cabeza del león asomada al horizonte del desierto; un enlutado cisne augura nuestra ruta, y, encontrados nuevamente al azar, somos viajeros únicos a bordo del bajel que lleva nuestro ideal difunto.



La ventana

Ella está puesta a la ventana, desierta de galanes. Vestida de luto y pensativa, reclama la atención de los artistas y demanda la reverenda de los soñadores. Ajada por el tiempo, regala y apacigua las almas afligidas.

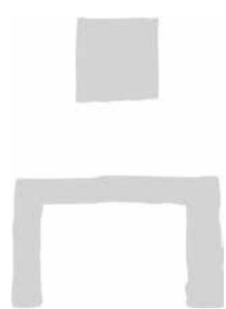
Vuelve los ojos de la calle solitaria a la colina opuesta, por donde el día se aleja como un rey asiático sobre lerdado elefante. Observa la sombra que adelanta con el furtivo paso de la mendiga a un festín regio.

Conforma el ánimo con el apocamiento de la luz; bendice con un recuerdo la estrella más temprana; y mira que los celajes dolorosos componen una escena de holocausto, donde su esperanza, casta Ifigenia, sucumbe entre lamentos.

Índice

Nota editorial	7
Primero conozcamos a José Antonio Ramos Sucre	9
Preludio	11
El fugitivo	13
Lied	15
La alucinada	17
De capa y espada	19
La cuita	21
Duelo de arrabal	22
El episodio del nostálgico	25
El retorno	27
Ocaso	29
La venganza del Dios	31
El canto anhelante	33
Romanza	35
La ventana	37

Edición digital
Junio de 2018
Caracas, Venezuela



Cantos de vacías tinieblas

Como bien lo indica el nombre de uno de sus poemas, este libro nos sirve como "Preludio" para entrar a la lírica de Ramos Sucre.

Es una selección de Marjori Lacenere que contiene catorce poemas del libro *La torre de timón*, concebida para jóvenes. La tristeza, la soledad, la nostalgia, la angustia y la muerte serán temas recurrentes que nos guiarán hacia mundos paralelos llenos de imágenes oníricas. *Cantos de vacías tinieblas* es la voz de un lamento que nos llama hacia la profundidad y nos lleva al alma de la poesía de Ramos Sucre.

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE (CUMANÁ, 1890 - GINEBRA, 1930)

Fue un gran poeta, profesor y diplomático. Dedicó toda su vida al estudio y la formación. Se graduó como doctor en Leyes en la Universidad Central de Venezuela. Aprendió otros idiomas como griego antiguo y moderno, latín, francés, inglés, italiano, portugués, alemán, danés, sueco y sánscrito. Hizo sus primeras publicaciones a partir de 1910 en revistas y periódicos, especialmente en *El Universal*, donde se dio a conocer su poesía en prosa.

En 1921 publica *Trizas de papel*; en 1923 *Sobre las huellas de Humboldt* y en 1925 publica *La torre de timón*, texto que recopila sus dos primeros libros. En 1929 publica dos libros: *Las formas del fuego* y *El cielo de esmalte*. En 1930 murió atormentado por una enfermedad nerviosa que le producía insomnio.

DANIEL DAVID DUQUE GIL (LOS TEQUES, 1996)

Estudia actualmente 5^{to} año de bachillerato en el colegio "Ambrosio Plaza" y realizó un curso de dibujo y pintura, a temprana edad, en la Academia de Dibujo Chepo en Los Teques. Tiene conocimiento acerca de técnicas como el acrílico, el óleo y el claro oscuro. Este es su primer aporte formal como ilustrador.

